

# LA PARTICIPACIÓN DE LOS INDÍGENAS QUICHÉS EN EL CONFLICTO ARMADO INTERNO DE GUATEMALA, 1980 – 1996

Dossier

**Alba Patricia Hernández Soc**

Posgrado en Historia y Etnohistoria ENAH, CEICUM

## Resumen

Las rebeliones de los pueblos indígenas en Mesoamérica han manifestado, a lo largo de su historia, una resistencia frente a las estructuras de dominio. Para este trabajo abordaremos la participación de los indígenas en la guerra interna que vivió Guatemala (1960-1996). Nos centraremos en el área del Quiché y nos apoyaremos en datos etnográficos para expresar cómo una comunidad da cuenta de sus sucesos políticos desde la relación que tiene con su santa patrona. A la par se aborda la participación de la iglesia católica en el área, porque a partir de ella se forma una organización que vincula a las comunidades con diversas organizaciones guerrilleras.

## Abstract

The rebellions of indigenous peoples in Mesoamerica have shown, throughout their history, a resistance to the structures of domination. In this vein, this article addresses the participation of indigenous people in Guatemala who lived through a long and bloody civil war (1960-1996). The focus of this work is on the area of Quiché. Through ethnographic data, this article illustrates how a community accounts for its political events depending on the relationship it had with its patron saint. As well, this work takes under consideration the involvement of the Catholic Church in the area, and how it fashioned an organization that linked communities with various guerrilla organizations.

## Introducción

*El estallido contemporáneo de la lucha indígena, en efecto, sacudió a la clase dominante en una forma que no ocurría desde la reforma agraria arbencista.*

Mario Payeras

Los 36 años de conflicto armado en Guatemala en el siglo XX conllevaron sucesos que hasta hoy día continúan siendo motivo de múltiples análisis. Este conflicto tuvo un componente esencial que fue poner sobre la mesa un tema invisible de manera ancestral: la presencia de los indígenas en la sociedad guatemalteca, con sus propias demandas, con sus propios procesos históricos y sobre todo con una participación en diversos sectores. En la época de las grandes utopías que marcaron indiscutiblemente una generación, no sólo en el continente Americano sino que cobró eco a lo largo del orbe, observamos hacia el pasado cómo se enarbolaron grandes cambios, donde se apostó hacia una transformación de las estructuras de poder que permitiera a los diversos protagonistas ser parte indiscutible de la sociedad y de la historia.

Guatemala frente a estos cambios no quedó exime. Centroamérica estaba en un momento cumbre en cuanto a estas utopías que en más de una ocasión se vislumbraron como posibles a partir de la revolución en Nicaragua o

bien por la organización en El Salvador. Cuba era vista como una posibilidad real, tanto que los acontecimientos externos en conjunto con los internos que se gestaban en Guatemala dieron paso a un momento que marcó la vida social, histórica y cultural del país.

El objetivo de este trabajo es señalar la participación de los indígenas en la lucha armada. De igual forma señalaremos con datos etnográficos cómo una comunidad indígena maya-quiché da cuenta de los acontecimientos políticos y sociales que en la época de los ochenta azotó mayormente a esta zona, es decir que los hechos históricos también se construyen al interior de las comunidades a partir de *lo que se cuenta*. Patzité es una comunidad que crea una relación estrecha con su virgen de la Candelaria, su patrona. A partir de ella se explican sucesos sociales. También se aborda el papel de la iglesia como punto clave donde se gestó un tipo de organización que resultó a la postre en un acercamiento entre el pueblo y la guerrilla en la zona del Quiché.

Las rebeliones indígenas no se limitan a los últimos años. Cobraron vida a partir del siglo XVI y han llegado hasta nuestros días. Sin embargo, para la época que señalamos en este trabajo hay un componente esencial, la organización de diversos sectores que permitieron articular necesidades compartidas: poner fin a un sistema de opresión y explotación, de tal suerte que estas demandas

se amalgamaron en el conjunto de la sociedad. Recapitular una parte importante de esta historia nos ofrece la posibilidad de comprender que el genocidio perpetrado por la guerra modificó las estructuras sociales, económicas y políticas del país.

## Dossier

### **Guatemala, la participación de los indígenas en la lucha armada**

Si bien no dejamos de lado levantamientos que a lo largo del territorio se fueron dando, como el de Mariano Aguilar en el Quiché en 1818 o el de Atanasio Tzul en Totonicapán en 1820<sup>1</sup>, y que nos hablan de luchas de resistencia frente a los tributos reales de la Corona, lo cierto es que a mediados del siglo pasado el levantamiento que llevó a cabo el pueblo de Guatemala en contraposición al Estado arrojó un proceso complejo de participación de diferentes sectores: indígenas, campesinos, obreros, estudiantes, clérigos y una parte de la propia élite. Es decir que se gestó una unidad en el espacio urbano y rural. Hernández Ixcoy refiere que “en el siglo pasado, el movimiento armado comenzó a partir del cuestionamiento de las estructuras de poder que generaban el racismo y el empobrecimiento de los pueblos en general” (2009:10).

En Guatemala hay pocos años considerados democráticos: de 1944 a 1954, años del gobierno de Juan José Arévalo. Sus principales reformas fueron la eliminación de la deuda externa, la fundación del ministerio de economía y el impulso de la educación y la cultura, creando escuelas, guarderías, el Conservatorio Nacional y el Instituto de Seguridad Social. Al finalizar su mandato Jacobo Arbenz Guzmán lo sucedió (1950-1954). Se realizaron importantes reformas agrarias, se permitió la organización de los trabajadores en sindicatos, se estableció el primer código de trabajo, se dio un mayor peso para regular al fisco y reglamentar a las empresas transnacionales, se declaró la autonomía a la Universidad de San Carlos y se permitió la organización política de nuevos partidos, entre ellos el del partido comunista. Con ello se buscaba la consolidación del Estado y sobre todo romper con los años de dictadura. En 1954 se dio el golpe de Estado contra el presidente Jacobo Arbenz Guzmán, auspiciado por la CIA con la denominada *Operación Éxito* (PBSUCCESS en inglés). Una vez depuesto el antiguo gobierno se pasó a la dictadura de Carlos Castillo Armas. La historia de este país daría entonces un giro sin precedente que arrojaría una organización de las poblaciones, como el surgimiento de las primeras guerrillas y sus largas movilizaciones por más de treinta años. Al llegar Miguel Ydígoras Fuentes (1958-1963) al poder, los movimientos de oposición a su mandato se hicieron cada vez más fuertes. Entre ellos estallaron huelgas del servicio de salud, de los ferroviarios, estudiantiles y de empleados

de diversas corporaciones que fueron despedidos. En el área rural la contrarreforma agraria afectó a un sinnúmero de familias que veían sus pertenencias sucumbir ante los cambios promovidos por el Estado. Los levantamientos armados de esta época los encabezaban *Los Trecistas* y el *Partido Guatemalteco del Trabajo* (PGT) [el cual tiene sus raíces en el Partido Comunista de Guatemala, fundado en 1949]. Si bien su estructura organizacional no les permitió consolidarse de manera tácita frente al Estado, las múltiples manifestaciones populares dieron pie a que estas organizaciones no desaparecieran y se reagruparan, ya sea al interior o al exterior del país (véase Recuperación de la Memoria Histórica III, REMHI:1998).

El censo oficial de 1964 asignaba al Departamento del Quiché una población de 249.704 habitantes, con un porcentaje de indígenas de un 98%, con algunos núcleos fuertes de ladinos ubicados sobre todo en las áreas urbanas y en algunas aldeas (Diócesis del Quiché 1994: 22). De acuerdo a este censo, la mayor población era indígena, pero quienes mantenían el control eran los ladinos<sup>2</sup>. Una mujer entrevistada en 2009 recuerda esos años de la siguiente forma:

Por esa época yo era una señorita, una profesora rural. Me gustaba la escuela rural porque los indios eran remansos. Si usted caminaba por las calles ellos se quitaban para darle a usted el paso. Ellos no se subían en la banqueta, sólo nosotros los ladinos; ahora eso ha cambiado. A uno ya no le dan su lugar. Antes en el centro del pueblo sólo ladinos vivíamos, los indios estaban lejos. Ahora, si usted sale a la calle, mira cómo esas grandes tiendas son de ellos. Ahora viven en el pueblo, traen sus buenos carros, van a la universidad. Sus cortes y huipiles cuestan mucho dinero, más que el de las ladinas. Ellos ya no quieren trabajar de jornaleros o de sirvientas. Si no les gusta algo se van. Además el gobierno los apoya mucho con becas para que sus hijos estudien. Eso no está bien porque se está generando una división. Al rato vamos a tener otra guerra porque ya se está notando que ellos ya no van a regresar a lo de antes (entrevista en Santa Cruz del Quiché 2009).

Con lo anterior señalamos a una antigua generación acostumbrada al control que hoy día está sorprendida y que, en algunos casos, manifiesta indignación frente a estas transformaciones. La época que la entrevistada rememora da cuenta de la anulación de los indígenas, a quienes se les concebía como los *mansos* que aceptaban su situación de explotación sin cuestionamientos.

Un elemento importante para el inicio de la organización de las comunidades en el área del Quiché fue la presencia de la iglesia católica. Ésta tuvo a lo largo de su historia varios momentos clave: [1] durante la Colonia apoyó la consolidación de la Corona, [2] durante la independencia fue expulsada del país, principalmente durante las reformas de Justo Rufino Barrios, y [3] los clérigos extranjeros no pudieron entrar al territorio hasta

<sup>1</sup>Para mayor información, véase Elías Zamora:dialnet.unirioja.es/servlet/fichero\_articulo?codigo=2775324; Zamora: 1985; Carmack: 1979.

<sup>2</sup> Para mayor información sobre la designación del *ladino*, véase Martha Casaus Arzú, 1992.

1956 cuando gobernaba Carlos Castillo Armas [1954-1957]. En 1956 se proclamó una nueva Constitución que dio pie a que el veto dado a la iglesia fuera anulado. Antes de este período las iglesias más visitadas eran las que se ubicaban en las zonas urbanas, mientras que en las zonas rurales las visitas se resumían a una o dos veces por año, así que:

El llamado hecho por el Papa Pío XII a la iglesia del primer mundo a colaborar con el envío de sacerdotes y religiosos “para salvar a Guatemala del comunismo” y la bienvenida del gobierno contrarrevolucionario de Castillo Armas [...] hicieron que las puertas del país se abrieran a un buen número de agentes de pastoral [...] Respondiendo a este llamado papal, la Provincia Española de los Misioneros del Sagrado Corazón de Jesús (M.S.C.) envió en 1955 a un primer grupo de misioneros para trabajar en el Quiché (Diócesis del Quiché 1994:37).

Debemos señalar que España en ese momento estaba bajo la dictadura franquista, por lo que mandar clérigos a Guatemala respondió a sus propios intereses políticos. En la región del Quiché sólo se hallaban tres clérigos que fueron suplantados en poco tiempo por los Misioneros del Sagrado Corazón y por las Hermanas religiosas Dominicanas de la Anunciata.

En el clero se manifestaron tres corrientes: *la sacramentalista* [...] que entendía la práctica pastoral privilegiando la administración de los sacramentos; *la centrada* en los movimientos se basaba en las actividades de apostolado seglar, especialmente los Cursillos de Cristiandad y el Movimiento Familiar Cristiano. La corriente *desarrollista* buscaba salidas a las necesidades inmediatas de la gente a través del cooperativismo, las ligas campesinas, los comités de mejoramiento, la construcción de escuelas e infraestructura básica [...] En muchos pueblos y aldeas los miembros de la Acción Católica Rural fueron quienes respondieron a la oferta de pastoral *desarrollista* (REMHI, 1998:70).

Antes del arribo de los Misioneros del Sagrado Corazón, en Quiché ya se encontraba penetrando la Acción Católica rural. En el año de 1960 Quiché pasó a formar parte de la diócesis de Sololá. “La Acción Católica, en cada Diócesis, dependía del Obispo [...] Su tarea principal era la de impulsar el movimiento, orientarlo y animarlo en toda la diócesis, tratando de fomentar en las zonas en donde estaba más débil” (Diócesis del Quiché 1994:51). Existió al interior una nueva reestructuración comunitaria; por un lado significó un mayor acercamiento a las comunidades, pero también restricción de algunos tipos de organización como las cofradías que gozaban de total autonomía y que “se consideraban dueñas legítimas de los templos, imágenes y conventos parroquiales, de los que ahora eran despojados, y a veces, de forma, muy conflictiva” (Diócesis del Quiché 1994: 61).

A finales de los sesenta, la iglesia pasaría a una mayor descentralización, por lo que en 1968 fue erigida la diócesis del Quiché. Dentro de las actividades más nota-

bles emprendidas por Acción Católica se dio la organización de cooperativas, participación de mujeres, apertura de la Radio Quiché y escuelas, entre otras. Su trabajo se centró mayormente en el área rural, tanto con indígenas como con mestizos. Con estas acciones, poco a poco se les fue considerando “comunistas”. Al interior, Acción Católica se apoyaba en su base comunitaria que eran los catequistas [vecinos de poblados que llevaban a cabo cruzadas evangelizadoras]. Ante la situación económica que vivía el país, muchos indígenas comenzaban un éxodo hacia zonas costeras, en las fincas. Ricardo Falla, con su mirada antropológica, nos señala:

Llegué a conocer a los quichés de carne y hueso en San Antonio Ilotenango en 1969 y 1970, los jateados que salen en camiones a la costa a cortar algodón; pero que guardan todavía el corazón de esa cultura ancestral [...] se me mostró la resistencia de esa cultura maravillosa al paso del tiempo (1993:13).

Cuando la Iglesia latinoamericana en Medellín (1968) hizo su lectura del Concilio, acudió sistemáticamente a las ciencias sociales para disponer de una explicación racional de las causas estructurales de la pobreza y subrayó el acompañamiento con los pobres, la renovación del sentido comunitario de las iglesias locales, la implementación de una pastoral de conjunto y el impulso de la lucha por la justicia y la paz. Esta corriente pastoral se iría consolidando en los siguientes años y avalaría muchos de los compromisos posteriores de sacerdotes, religiosas y laicos con los movimientos revolucionarios. En el continente llegaría a sistematizarse en la Teología de la Liberación (REMHI 1998:69).

A partir de los setenta, gobierna el país Carlos Manuel Aranda Osorio, quien continúa con el plan de extirpación de los grupos opositores y, bajo su lema de *ley y orden*, decreta estado de sitio. La organización de los diversos sectores iba en aumento y con ello se iba acrecentando la represión. Sin embargo, hasta este momento poco se había planteado sobre el tema indígena en las organizaciones guerrilleras. Para apoyar nuestro trabajo, el REMHI nos revela que fue la Organización Revolucionaria del Pueblo en Armas [ORPA] una de las primeras en poner este tema a discusión, acompañada por el Ejército Guerrillero de los Pobres [EGP]<sup>3</sup>:

...ya en los años setenta (hay) una mayor comprensión y una mejor valoración de la importancia que tiene para el proyecto revolucionario el protagonismo indígena en la lucha, comprensión que se fundamentaba ahora en una exitosa aunque inicial implantación de las organizaciones revolucionarias en el seno de ciertas comunidades indígenas. Desde la fundación de lo que más tarde sería el Ejército Guerrillero de los Pobres se contempló como

<sup>3</sup>Lukas Rehm (2010), señala que el movimiento indígena comenzó a gestarse a partir de los años de 1970 a 1980. En su trabajo “*Indios y ladinos nunca podrán ser amigos*”. *Acerca de los orígenes del movimiento maya en Guatemala 1976- 1985* analiza declaraciones de varias organizaciones indígenas, con lo que explica el impacto que tiene en la actualidad el movimiento indígena en Guatemala.

parte de la línea política la cuestión étnico-nacional, traduciéndose esta prioridad en la zona elegida como área de asentamiento del primer destacamento guerrillero. La Organización del Pueblo en Armas también produjo elaboraciones al respecto (Payeras, 1997:48).

La oleada de secuestros y desapariciones iba en aumento, pero alcanza su punto álgido a partir de 1980 con el presidente Efraín Ríos Montt. Sus antecesores habían creado un aparato capaz de hacer frente a las diversas manifestaciones, como lo fueron los grupos paramilitares y los escuadrones de la muerte que operaron de manera cruenta en las zonas rurales y urbanas.

En los casos de masacres rurales, es menos probable identificar a las víctimas y es más fácil reconocer a quienes cometieron esos crímenes. Contrario al uso frecuente de escuadrones de la muerte clandestinos para cometer asesinatos selectivos en la Ciudad de Guatemala –que le permitían al gobierno negar su responsabilidad en tales hechos–, en las comunidades indígenas aisladas, soldados uniformados descaradamente cometían asesinatos extrajudiciales masivos (Ball, 2010:4).

En el ámbito centroamericano, en 1979 los sandinistas toman el poder en Nicaragua al derrocar la dictadura Somoza y en el Salvador el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) libraba una lucha revolucionaria. También habría que agregar que Cuba fue un bastión para que estas modificaciones estructurales se pudieran considerar como viables y sobre todo posibles de alcanzar.

Como lo hemos mencionado, la participación de las comunidades indígenas campesinas se vino acrecentando, por lo que este movimiento pudo ser concretado dentro de la organización del Comité de Unidad Campesina [CUC] que tuvo sus inicios en el zona del Quiché. Así, señala Hernández Ixcoy cuando el CUC inició:

Entendimos que era necesario que se insertara de manera inmediata, en los problemas sociales que viven nuestros pueblos, erradicar la discriminación y el racismo, el empobrecimiento de las comunidades, organizarnos en contra de las agarradas de los jóvenes para el servicio militar obligatorio, hecho dirigido para indígenas pero no así para la población no maya, estos temas cotidianos eran importantes aclararlos en la conciencia colectiva y generar así una organización para cambiarlo (2009:13).

El comienzo de la época de los ochenta es estremecedora para el pueblo de Guatemala. Basta mencionar la quema de la Embajada de España el 31 de enero de 1980, donde 39 personas fueron quemadas vivas. Entre ellas había indígenas ixiles y quichés, cuatro estudiantes, un obrero y un campesino. De manera clandestina el CUC lanzó su Declaración o Documento de Iximche donde sacó a la luz el papel de los indígenas dentro del movimiento revolucionario. Se pone énfasis en la represión, la opresión, su despojo de tierras y las masacres que han vivido los indígenas de manera histórica. Aparte de ser un documento que da cuenta de la atrocidad perpetrada por el ejército también es un señalamiento de los problemas

históricos a los que ha hecho frente el pueblo indígena, de tal manera que se resaltan rebeliones, despojos de tierras y luchas incansables; así, en uno de sus apartados dice:

Las masacres continuaron después de la Independencia criolla de 1821, así, la masacre de cackchiqueles en Patzicía en 1944, masacre de Sansirisay en 1978, la masacre de kekchíes en Panzós en mayo de 1978; masacre de ixiles y quichés en Chajul, Cotzal, Uspantán, Cunén y otros lugares desde 1975 hasta nuestros días; la masacre de ixiles y quichés en la embajada de España el 31 de enero de 1980 (Declaración de Iximche 1980:3).

La creación de las Patrullas de Autodefensa Civil [PAC] y los escuadrones de la muerte, así como desplazamientos internos y externos, tierras arrasadas, asesinatos estratégicos de periodistas, clérigos, estudiantes, profesores y sindicalistas, entre otros, nos resumen un genocidio, siendo la zona del Quiché una de las mayormente golpeadas.

La ofensiva militar en el sur de El Quiché fue incrementándose rápidamente. El Ejército penetró crecientemente en el territorio y se concentró en el ataque a una población que carecía de los medios para defenderse [...] arrasaba con viviendas y cultivos y expulsaba a decenas de miles de campesinos condenados a errar por la montaña buscando la sobrevivencia. Muy pronto, las masacres comenzaron a producirse (REMHI 1998:111).

Las bases de apoyo de la guerrilla eran las zonas rurales y su desarticulación era el objetivo del Estado, por lo que la *tierra arrasada* fue el mecanismo que se implementó. Este hecho lo aborda Ball al señalar que:

Para los diferentes gobiernos matar campesinos mayas no representaba ningún costo político. Las élites del país, de las que el régimen dependía, hicieron pocas protestas a la política de “tierra arrasada” llevada a cabo por Lucas García y, en especial, por Ríos Montt. Esto ocurrió en parte debido a lo opresivo de esos regímenes militares, pero también como resultado de la histórica ausencia de un sentido humano de los no indígenas hacia los indígenas. En su mayoría, las víctimas del gobierno pertenecieron a comunidades cuyos derechos civiles básicos, por más de 500 años, raras veces han sido reconocidos (2010:100).

Esta declaración pone a la mesa lo que al inicio del artículo mencionamos: la forma y manera que tiene el Estado de concebir a los indígenas frente a la sociedad en su conjunto. Cuantificar a las víctimas del conflicto armado aún sigue siendo un trabajo que no se ha logrado en Guatemala. La *tierra arrasada* también buscó menguar la organización de los indígenas, situación que como apunta Ball ponía en peligro la estabilidad del Estado (2010). La participación de las comunidades estaba aparejada con el cuestionamiento de la explotación que por generaciones se venía dando.

En el entorno religioso, durante los años setenta se fueron incorporando a la zona sectas de protestantes y evangélicos que conllevaron la polarización con la Acción Católica, empero ellos continuaron con sus actividades. Al

arribar a la época de los ochenta, la represión en la zona no se dejó esperar por lo que la iglesia jugó un papel importante al señalar estos asesinatos:

Se inició un período de relaciones muy violentas entre las autoridades y el obispo del Quiché, Mons. Juan Gerardi, quien fue llamado varias veces al cuartel de la Zona Militar en la cabecera departamental. El obispo, con valor y sabiendo que arriesgaba su vida, les dijo con claridad en una de sus entrevistas: “Ustedes son los que asesinan; ustedes son los enemigos del pueblo. Nosotros tenemos que estar con el pueblo; por lo tanto, estamos al lado opuesto de ustedes. Mientras ustedes no cambien, no puede haber diálogo, no se puede establecer un puente de comunicación, no puede haber acuerdo entre nosotros y ustedes”. Para todos era claro, cuando el obispo nos contó esta conversación con las autoridades militares, (que) esta actitud suya suponía una sentencia de muerte (Diócesis del Quiché 1994:153).

Como posible solución al conflicto, la Diócesis del Quiché decide cerrar sus puertas provisionalmente; su objetivo era denunciar a nivel internacional los actos cometidos por el ejército. Empero esto no menguó la represión<sup>4</sup> (Diócesis del Quiché 1994). Frente a la guerra, la población comenzó a polarizarse, se llegó a la situación de considerar a los católicos como sinónimo de guerrilleros, por lo que muchos cambiaron de religión para salvar sus vidas y otros “enterraban sus biblias” (Diócesis del Quiché 1994:139).

Un factor clave en esta época fue la incursión de sectas en Guatemala, hecho auspiciado por los Estados Unidos de América. Se sabe de ellos a través del *Informe Rockefeller de 1969* y del *Documento de Santa Fe de 1980*. En la región del Quiché las sectas fueron tomando cada vez mayor control en esta época y la Diócesis en 1980 estuvo intermitentemente abierta y cerrada. No fue hasta 1987 que su situación se estabilizó, pero habrá que señalar que la represión hacia las comunidades no cesó y tampoco la impunidad con que se desenvolvía el cuerpo represor del Estado. En el poblado de Patzité, habitado por indígenas maya-quichés del Departamento de Santa Cruz del Quiché, los ancianos recuerdan que en esta época el terror, las desapariciones, los reuniones con los catequistas cesaron y cualquier persona que profesara la fe

católica era considerada como guerrillera. El toque de queda empezaba a las seis de la tarde y nadie podía salir de sus casas. Sin embargo, su virgen los protegió:

Quando fue la guerra, en Patzité se vino a instalar un cuartel en el pueblo. Nadie podía salir en la noche porque si lo hacías te mataban. Los soldados permanecieron mucho tiempo, hasta que un día una mujer caminó por el pueblo de noche. Los soldados al verla la quisieron capturar y matar, pero ella en vez de esconderse se acercó al lugar. Allí ella les dijo: “salgan de aquí, este no es su lugar, soy la Virgen de la Candelaria y no quiero que sigan matando más a mis hijos”. A los pocos días los soldados se fueron y ya no regresaron más (Entrevista en Patzité 2009).

De acuerdo al informe REMHI, en Patzité el ejército ejecutó violaciones, muertes y desapariciones. Algunos de estos casos aún no se hallan esclarecidos. La suma total que arroja el informe es de 2,772 personas afectadas. (1998, Tomo IV: 70). Cuando los ancianos relatan el suceso de la aparición de su virgen para protegerlos, dan cuenta de hechos concretos, de una realidad que tuvieron que sortear y sobre todo que al transmitirla a las nuevas generaciones, éstas se incorporan para construir su memoria colectiva ya que “los relatos de este tipo sirven como modelos para que uno dé sentido a sus propias experiencias y a los hechos que suceden a su alrededor. [...] Sin embargo, la memoria colectiva o cultura en los relatos no es inflexible sino que es utilizada [...] para comprender los cambios en su comunidad y en su vida personal” (Taggart s/f: 5-6). De esta manera, la explicación que los habitantes de Patzité dan a esta época refiere a una lógica cultural que nos revela que dichos procesos son registrados como un entramado de relaciones entre la memoria colectiva y los hechos sociales y políticos del país, y si bien ante los ojos de algunos historiadores podría carecer de valía el relato de los habitantes de Patzité nosotros planteamos su importancia porque nos da cuenta de la concepción de las comunidades acerca de sus propios planteamientos frente a los sucesos históricos, como lo que significó el vivir en un contexto de guerra.

En los años venideros la lucha entre la guerrilla y el Estado continuó cobrando la vida de cientos de personas. 36 años pueden ser referidos de manera simple, pero lo que significó para quienes la padecieron no podría cuantificarse en números fríos. Muchas de las comunidades indígenas pasaron a ser *Comunidades de Población en Resistencia* (CPR), las cuales hicieron frente a los múltiples ataques del ejército huyendo entre las montañas. Otras comunidades fueron desmanteladas y se crearon las llamadas *aldeas modelo*, donde indígenas provenientes de diversos grupos habitaron los mismos espacios frente a los ojos vigilantes del Estado. Otros indígenas engrosaron las filas de las Patrullas de Autodefensa Civil (PAC) que procuraron que el *orden* que deseaba el ejército reinara nuevamente en las comunidades. También existieron en los poblados los llamados *orejas*, encargados de vigilar al resto de la comunidad e informar de aquéllos que tenían

<sup>4</sup> En los primeros días de agosto, la Conferencia Episcopal emite un comunicado en que refuta las afirmaciones gubernamentales, denuncia la persecución que sufre la Iglesia, subraya que el diálogo propuesto a las autoridades no ha funcionado y rechaza –entre otros puntos- que la Iglesia y sus miembros sean objeto de “continuas suspicacias y de constantes vigilancias”. El documento señala que la Iglesia guatemalteca ha sufrido el asesinato o desaparición de doce sacerdotes (siete de ellos en lo que va de 1981) y “la muerte violenta de numerosos catequistas y miembros de nuestras comunidades cristianas”. Finalmente el comunicado episcopal sostiene que es necesario ser claros, pues “la situación en Guatemala ha llegado a tal grado, que exige una definición categórica de cada uno de nosotros, como lo exige Cristo cuando nos dice que ‘no se puede servir a dos señores’”. Se cuestiona asimismo la actitud de los católicos que asisten a misa y “luego permanecen indiferentes cuando se asesina a sus sacerdotes o se tortura y masacra a sus hermanos” (Pablo Richard Guillermo Meléndez [Editores] 1982:241).

nexos con la guerrilla para asesinarlos. También están los desplazados internos que fueron quienes cambiaron su residencia para resguardar sus vidas y aquéllos que migraron como refugiados a otros territorios como México, principalmente en Campeche, Chiapas y Quintana Roo, creando comunidades enteras que buscaban la protección del Estado mexicano y otros más que salieron bajo la calidad de exiliados, habitando regiones del mundo.

El resultado final de tantos años de conflicto fueron los llamados *Acuerdos de Paz* entre la Unidad Revolucionaria Guatemalteca (URNG) y el Gobierno. La iglesia estuvo presente como mediadora para consolidar los acuerdos entre los que se puede destacar el acompañamiento a los refugiados que vivieron en México y a las Comunidades de Población en Resistencia (CPR), que frente a la guerra habían huido a diferentes regiones y que buscaban regresar a sus zonas de origen, principalmente en “Huehuetenango, Alta Verapaz, El Quiché, Petén, y San Marcos” (REMHI 1998: 348).

En los *Acuerdos de Paz* hay un apartado sobre *Identidad y derecho de los pueblos indígenas*. Se plantea un cese a la discriminación hacia los indígenas tipificándolo como delito. También se señala el papel de la mujer indígena como doblemente discriminada. Apela a que gozarán de todos los derechos como son: conservación de su identidad, su idioma, espiritualidad, formas de organización, el uso de su traje, acceso a la educación, posesión de la tierra y que Guatemala sea considerada como una nación multiétnica, pluricultural y multilingüe. Con infinidad de problemáticas por resolver, pareciera que poco a poco la estabilidad de este país se ha ido consolidando; pese a ello, la estructura de las comunidades ha sido trastocada. La presencia de los indígenas en diversas esferas de la vida social se está dejando ver. La organización de jóvenes que apuestan por una transformación real a partir de modificaciones sustanciales en las estructuras de poder da una continuidad a aquellos inicios de las utopías, donde todo podía ser concebido como una posibilidad real. Empero habrá que señalar también que no todos los indígenas pueden acceder a estos espacios. En algunos casos se genera al interior una nueva estratificación, pero lo cierto es que esa invisibilidad que por generaciones se vio empañada poco a poco se va perdiendo. Si bien los llamados *Acuerdos de Paz* quedaron plasmados en una hoja de papel, y aún se les sigue cuestionando desde diversos ángulos, lo cierto es que la participación indígena no ha menguado y cada vez más va tomando matices que hoy día es difícil de enunciar como un resultado final.

### **A manera de conclusión**

El hablar de un contexto de guerra no es tarea fácil. Diversos procesos se gestaron al interior de Guatemala y las respuestas parecieran abrir nuevas interrogantes. Ante ello surgen cuestionamientos como ¿valió o no la pena esta guerra tan larga? ¿existieron mejorías reales en las

comunidades indígenas, obreras y campesina? ¿hubo modificaciones sustanciales en la región rural y urbana? ¿qué sucedió durante el conflicto que las utopías no pudieron ser concretadas? A esta lista podemos ir sumando más, sin embargo el punto que nosotros pretendemos señalar es el papel del indígena dentro de la construcción de los procesos sociales e históricos. Ahora es imposible enunciar a Guatemala sin considerar a los indígenas como agentes protagonistas para hacer frente a los embates que en la actualidad vive este país. Por ejemplo, las luchas que están emprendiendo contra las mineras transnacionales, la participación activa de mujeres y jóvenes indígenas en espacios cada vez más amplios. Ante ello no cerramos los ojos acerca de la problemática de la tierra, del terror que aún impera, de las secuelas psicológicas de la guerra, así que para nosotros la problemática de los pueblos indígenas no concluye a partir de 1996. Sin embargo, sí marca otro proceso. En la región del Quiché hoy día aún se pueden ver pintas del CUC, de EGP y algunas personas llegan a comentar de forma casi sigilosa que aún pertenecen a las bases de resistencia de la guerrilla, pero también están aquellas que son señaladas como pertenecientes al ejército como los llamados *orejas*. Hay una fragmentación entre quienes participaron en las diversas facciones y también podemos ver la incursión de las diferentes sectas que han confluído en Guatemala, lo cual ha generado separación entre las comunidades. Aquellos años donde la iglesia católica mantenía una activa participación en las comunidades se ha ido disolviendo en la medida que fueron viviendo los embates del Estado represor y, ahora, nuevos miembros católicos toman el control de las comunidades, algunos profesando una nueva forma de evangelizar y de actuar.

La participación de los indígenas, y en este caso el de los maya-quichés, está inserto en un proceso de larga duración donde las rebeliones comenzaron desde el siglo XVI. Si bien las anteriores luchas no contaban con una amalgama mayor de actores, como las que se vincularon en el siglo XX, lo cierto es que ninguna de ellas deja de ser menos importante. Sin embargo, antes de terminar estas líneas quisiéramos señalar que después de 25 años de presidentes civiles nuevamente llega al poder uno militar. Sobre este hecho señala el diario mexicano *La Jornada*: “la figura del general despierta temores en amplios sectores de la población, sobre todo en el indígena, que lo vincula con las matanzas atribuidas al ejército a principios de la década de los 80, la época más cruenta de la guerra civil de 36 años que dejó cerca de 250 mil muertos, aunque el candidato niega las acusaciones”, (AFP y Reuters, *La Jornada* 7 de noviembre 2011:31). Ante esta situación habrá que ir analizando el papel de los diversos sectores de la población, y para este caso, el de los pueblos indígenas.

## Referencias

- Ball, Patrick y Kobrak Paul *et al.*  
1999 *Violencia institucional en Guatemala, 1960- 1996. Una reflexión cuantitativa.* American Association for the Advancement of Science y Centro Internacional para Investigaciones de Derechos Humanos. Washington, D.C. Estados Unidos de América.
- Casaus Arzú, Marta  
1992 *Guatemala: linaje y racismo.* FLACSO, Guatemala.
- Carmack Robert  
1979 *Evolución del Reino Quiché.* Biblioteca Centroamericana de las Ciencias Sociales. Editorial Piedra Santa. Guatemala.
- Diócesis del Quiché  
1994 *El Quiché: el pueblo y su iglesia. 1960-1980.* Santa Cruz del Quiché, julio 1994. Guatemala.
- Documento de Iximche  
2010 Documento de Iximche. <http://www.albedrio.org/hm/otrosdocs/comunicados/DeclaraciondeIximche1980.pdf>.
- Hernández Ixcoy, Domingo  
2009 Ponencia: *Una rebelión indígena y campesina en el altiplano central de Guatemala.* Asociación de Estudios Latinoamericanos, Río de Janeiro, Brasil. Presentada en junio de 2009 y anteriormente en FLACSO, Guatemala en el programa de Investigación sobre la Historia y la Memoria
- La Jornada*  
2011 AFP y Reuters. “Otto Pérez Molina gana la presidencia de Guatemala con 54.25% de votos.” Pág. 31. 7 de noviembre de 2011. México.
- Falla, Ricardo  
1993 *Historia de un gran amor. Recuperación autobiográfica de la experiencia con las Comunidades de Población en Resistencia. Ixcán, Guatemala.* Guatemala.
- Recuperación de la Memoria Histórica (REMHI)  
1998 *Guatemala. Nunca más. El Entorno Histórico.* Tomo III. Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado de Guatemala. Guatemala.
- 1998 *Guatemala. Nunca más. Víctimas del conflicto.* Tomo IV. Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado de Guatemala. Guatemala.
- Rehm, Lukas  
2010 “*Indios y ladinos nunca podrán ser amigos*”. *Acerca de los orígenes del movimiento maya en Guatemala, 1976-1985.* IKEMA. Revista de la Facultad de Ciencias Humanas y Artes. Universidad del Tolima. Ejemplar 1, año 1. Diciembre de 2010. Colombia.
- Richard, Pablo y Guillermo Meléndez (editores)  
1982 *La iglesia de los pobres en América Central. Un análisis socio-político y teológico de la iglesia centroamericana (1960-1982).* Colección Centroamericana, Departamento Ecueménico de Investigaciones. Costa Rica.
- Payeras, Mario  
1997 *Los Pueblos Indígenas y la Revolución Guatemalteca. Ensayos étnicos.* Ed. Luna y Sol y Magna Terra. Guatemala.
- Taggart de Lara, James  
s/f *Los relatos orales y la historia de los nahuatl de la sierra norte de puebla.* México.
- Zamora Acosta, Elías  
1985 *Los mayas en las tierras altas en el siglo XVI. Tradición y cambio en Guatemala.* Colección V Centenario del descubrimiento de América. Ed. Publicaciones de la EXCMA, diputación provincial de Sevilla. Sevilla, España.
- 2010 *Resistencia maya a la colonización: levantamientos indígenas en Guatemala durante el siglo XVI.* [dialnet.unirioja.es/servlet/fichero\\_articulo?codigo=2775324](http://dialnet.unirioja.es/servlet/fichero_articulo?codigo=2775324)